

1. Introducción.

El riesgo de desnutrición y la depresión mantienen una relación compleja en los adultos mayores institucionalizados, debido a que aún no es muy claro si la depresión en la población es una causa o una consecuencia de un mal estado nutricional (Smoliner, y otros, 2009). Por lo tanto, la relación entre ambas variables se vuelve un ciclo en donde la falta de apetito llevará a una ingesta disminuida de nutrientes y esta ingesta disminuida, propiciará la deficiencia de cofactores para la síntesis de sustancias esenciales para el funcionamiento nervioso, lo que provocaría el aumento de síntomas depresivos.

La población en México ha tenido una transición demográfica en donde se presenta un aumento en el envejecimiento de su población, estimándose que un 31.5% de la población será mayor de 60 años para el 2050 (CENETEC, 2014). Como señala Sastre (2010) el crecimiento continuo de la población adulta mayor a comparación de los índices de natalidad, llevan a cumplir con un reto socio-sanitario basado en mejorar y prolongar la salud de quienes se encuentran en esta etapa de vida.

De acuerdo a la Encuesta Nacional de Salud y Nutrición (ENSANUT, 2006) la prevalencia de desnutrición en adultos mayores hombres y mujeres de 70 y 79 años, alcanzó 1.4% y 1.1% respectivamente, mientras que en adultos de 80 años o más se observó un 5.2% en mujeres y un 4% en hombres. La prevalencia global de depresión en México es de 9.5% en mujeres y 5% en hombres mayores de 60 años de edad (Bello, Puentes-Rosas, Medina-Mora, & Lozano, 2011). Este grupo poblacional será propenso a tener problemas tanto de depresión como de desnutrición, lo que lleva a la necesidad de realizar un diagnóstico oportuno para la prevención de las consecuencias de estos problemas.